

un hombre como cualquier otro, que la de un sordo de nacimiento.

Un arte que el abate de l'Epée, perfeccionado por los señores de la escuela de París, consiguen hoy hacer hasta casi perfecto. Esta educación está basada en la imitación de los movimientos que subsisten en el sordo-mudo, es decir, en la imitación de la vista. Se ha encontrado el medio de enseñar a los sordos a leer y los ademanes la lectura mental y la escritura. La vida de estos desgraciados se ha mitigado un poco, mas el sentimiento de su miseria permanece para ellos una causa perpetua de profunda tristeza y melancolía. Muchas nociones les quedan vedadas, y digase lo que se quiera, su esfera traspasa raras veces cierto alcance.

Se observa, por lo demás, que la naturaleza del oído dispone á la tristeza, mientras que la pérdida de la vista no afecta tanto al alma. Los ciegos son generalmente alegres y comunicativos, mientras que los sordos son ensimismados y propensos á la melancolía. Los sordos son ménos chisposos, ménos activos, ménos despejados que los ciegos. Homero era ciego y sus cantos son inmortales. Milton era ciego y no se pueden leer sin enternecimiento los versos que compuso sobre este asunto y que se hallan en el canto primero de su *Paraiso perdido*. Sería algo difícil encontrar poetas entre los sordos.

El oído es la fuente de nuestras ideas más ricas. El ritmo de la palabra nos encanta y nos arrebola; la poesía por sus cadencias y sus medidas, nos mece armoniosamente. La música en la voz lanza á un mundo ideal, fuente de goces inefables.

El oído se mantiene cuando los demás sentidos faltan ó descansan, y entonces precisamente nos proporciona las sensaciones más dulces. Durante la noche y las tinieblas cuando todos los otros sentidos están suspendidos, el oído persiste con el placer que nos proporciona; de modo que puede decirse que el oído es el sentido de la noche.

[Tampoco necesitan de la luz los tres otros sentidos; parece que el autor sacrifica su imparcialidad en aras de su afición á la música.]

¿Qué es la *serenata* cuya tradición conservan las naciones del Mediodía de Europa, España é Italia? Es la música, es la poesía, es el sentimiento, es el amor, uniéndolo sus acentos y acordes, mezclando los instrumentos y las voces en la calma de una noche serena.

En la primavera del año de 1819 París recibió la visita de una *estudiantina española*. La vista de esos jóvenes con sus trajes pintorescos y sus canciones alegres causó la sorpresa más viva y más feliz á la ciudad encerrada en sus tris-



Milton, el poeta ciego y sus hijas.

tes preocupaciones y su humor sombrío. De esta manera Paris se enteró que existe un rincón de Europa en donde sobreviven aún el sentimiento y la poesía, la alegría desembarazada y la ingenua soltura de la juventud, el culto respetuoso de la mujer y el amor delicado; y dedicó fiestas, sin fin, á esos bachilleres de la mandolina, á esos maestros graciosos de la alborada nocturna y del canto á las estrellas.

En nuestras villas del Mediodía de Francia se ha perdido la tradición de la serenata que subsistía aún en los tiempos de mi infancia; pero tenemos todavía los coros cantados á la tercera, en las calles durante las veladas y las noches. ¡Qué efecto delicioso producen en las calles de Tolosa, Castres, Alby, Pau ó Montpellier, los coros cantados en paseo nocturno por las bellas voces meridionales! ¡Con qué contento oye resonar esos acordes armoniosos en el silencio de la noche el honrado vecino encerrado en su casa!

Séame permitido mencionar aquí un recuerdo personal. Cuando tenía seis ó siete años, me acostaban temprano como á todos los niños. En el salón situado cerca de mi dormitorio, unos cuantos amigos de la casa venían cada noche á hacer compañía á mi hermana y mis hermanos para cantar y hacer música. No acierto á decir la impresión de arrebató y éxtasis que producían en mi jóven alma los sonidos vocales y los acordes de los instrumentos que llegaban á mi oído en medio del silencio y de las tinieblas que me rodeaban.

En Paris, en los conciertos dominicales del teatro del Chatelet, ó en los que Padeloup da en el Circo de Invierno, se ve á menudo á personas que escuchan las sinfonías cerrando los ojos. Estos son los verdaderos aficionados y hay que honrarlos y respetarlos; pues saben razonar sus impresiones y multiplicar el placer del oído suspendiendo el placer de la vista.

[De todo lo que precede, el lector habrá deducido que si conocemos bastante bien la anatomía del oído, no sucede lo mismo con la fisiología de este órgano. No se requiere mucha reflexion para comprender la causa de este atraso ó poco progreso. Por una parte el órgano mismo es sumamente complicado y difícilmente accesible en sus partes internas, hasta absolutamente inaccesible á nuestra investigacion en el hombre vivo, y por otra parte el sonido á cuya percepcion el oído está destinado, se presta muy mal á la experimentacion fisiológica, porque al reves de la luz, no se deja aislar, sino que se propaga por todos los cuerpos, gases, líquidos y sólidos. Es imposible por medio de la experimentacion determinar con exactitud científica la parte que corresponde en la conduccion del sonido á los diferentes elementos histológicos, huesos, cartílagos, membranas. Faltando esta base, tampoco es dable determinar el tanto de culpa que una lesion ó alteracion reconocible de tal ó cual parte del oído tenga en la